



Y por si faltara poco, la ausencia de Merckx convierte el Tour 1973 en una lucha entre segundones y las primeras vueltas de pedal han convertido el Tour en la Vuelta a España. Así lo confesaba Anquetil en un artículo: «La Vuelta a Francia cada día se parece más a la Vuelta a España. Ocaña y Fuente en cabeza de la clasificación general. López Carril, vencedor de la etapa con gran diferencia. Los Kas, en cabeza de la prueba, controlándola. Se podría decir que estamos realmente en la Vuelta a España».

Este artículo aparece fechado el día 11 de julio y en el momento en que aparece el presente reportaje es posible que las cosas hayan cambiado. Pero, hoy por hoy, Francia asiste, asombrada, al desfundamiento de sus apuestas ciclistas: Trevenet, Guimard, Poulidor aparecen muy distanciados de Ocaña y Fuente, los dos primeros.

¿Una biocrisis?

No deja de ser sintomático el estallido de la xenofobia francesa contra los inmigrantes. Desde los tiempos de la guerra de Argelia, no se conocían tantos casos de brutalidades anónimas contra obreros africanos. Desde los tiempos de la masiva inmigración económica de entreguerras, no se conocía una respuesta casi colectiva tan reticente contra las razas laborales inferiores. El último enfrentamiento callejero entre Ordre Nouveau y la extrema izquierda krivnista fue motivado precisamente por la cuestión de los obreros inmigrantes. No porque «se coman el pan» de los autóctonos, sino porque comen peor pan que los autóctonos y, cuando se come mal pan, la radicalización política es un hecho. La mayor parte de los cuadros obreros de la nueva izquierda francesa se han conformado precisamente entre los inmigrantes.

Los grandes acontecimientos deportivos de este casi último cuarto de siglo XX se parecen como una gota de agua a otra a los fastos épico-deportivos de la tiranía griega. Los tiranos ya sabían los efectos de terapéutica social de las grandes evasiones deportivas y de las importantes obras público-mitológicas. La grandeza de un templo era una invitación para que la masa participara exclusivamente de la grandeza de las estatuas. La grandeza de los triunfadores olímpicos era una compensación para la pequeñez de cada hombre en su intranferible isla.

El Tour de Francia pertenece a este capítulo de fastos liberadores de las frustraciones populares. Cuando un calmado espectador de pronto se desmeleno y se lanza a empujar a la gran figura, ayudándole a llegar cuanto antes a la cima del Tourmalet o del Aubisque, su acto tiene un mucho de transferencia épica, de traspaso de invisibles

hambres de realización. De ahí la importancia de que el sillín o el trasero empujados sean de fabricación nacional. De ahí la importancia poética que este año se había concedido a los estertores deportivos de Pou Pou o a los balbuceos de Thevenet y Guimard. Malraux era y es un reaccionario a lo «gran señor» y Druon, en cambio, tiene todas las virtudes pequeñas de la mezquindad. Malraux ha escrito *La Condition Humaine* o *Les Conquerants*; en cambio, Druon no ha pasado de una discreta serie de novelas históricas titulada *Los Reyes Malditos*.

En este contexto de evidente crisis biopolítica, una clasificación del Tour copada por meridionales del Paraíso va a agravar el malestar.

Escasa significación deportiva

Con todo, sea quien sea el vencedor del Tour, la victoria de 1973 tendrá muy poca significación deportiva. Vencer en una carrera ciclista en la que no participa Merckx quiere decir poca cosa, como vencer en un torneo de Wimbledon en el que no han concurrido los Stan Smith, Orantes, Laver, Ashe, etcétera, etcétera. Si se ha creado un cierto clima de encantamiento en torno a los participantes, es porque una vez más funciona el recurso del *como si*. Se sigue el Tour *como si* la ausencia de Merckx no fuera la negación misma del Tour 1973.

Tal como están fijadas hoy las diferencias entre los primeros clasificados, a Ocaña le basta con no caerse y con portarse bien en las pruebas contra reloj para ser el segundo español que gana el Tour. Los mentores de Ocaña harían muy bien colocando a su lado a un psiquiatra, porque las caídas de Ocaña muy bien podrían pertenecer al capítulo de los actos autodestructivos. Ocaña es el tipo de deportista sensible, lastrado por motivaciones subconscientes. Tal vez quiera autocastigarse por cometer la osadía de ganar habiendo nacido para perdedor. En su larga carrera de Priego a Mont Marsan está la imagen de una huida, y quien nació huyendo está condenado a huir de por vida. Nunca se llega a ningún lugar que compense lo que pudo haber sido y no fue el lugar de origen, imposible o perdido.

De ganar Ocaña, de copar Fuente el segundo lugar, de producirse la catástrofe de que un portugués alcance el tercero o la hecatombe de los cuatro primeros puestos de la clasificación de la montaña copados por meridionales del mundo, estamos en puertas de una crisis racial laboral sin precedentes.

Habría que llegar urgentemente al acuerdo de conceder a Ocaña la «doble nacionalidad» para robustecer los tradicionales lazos de amistad entre los dos pueblos. ■ L. D.